





Fernando de
Magallanes





P A T R I C K G I R A R D

Fernando de
Magallanes

E L M U N D O S I N L Í M I T E S

 *Editorial El Ateneo*

Girard, Patrick

Fernando de Magallanes. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2014.
416 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot
ISBN 978-950-02-0719-5

I. Fernando de Magallanes. Biografía. I. Kot, Silvia, trad. II. Título
CDD 923

Fernando de Magallanes

Patrick Girard

Título original: *Fernand de Magellan. L'inventeur du monde*

© Calmann-Lévy, 2012

Traductora: Silvia Kot

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneco.com

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Diseño de interiores: María Isabel Barutti

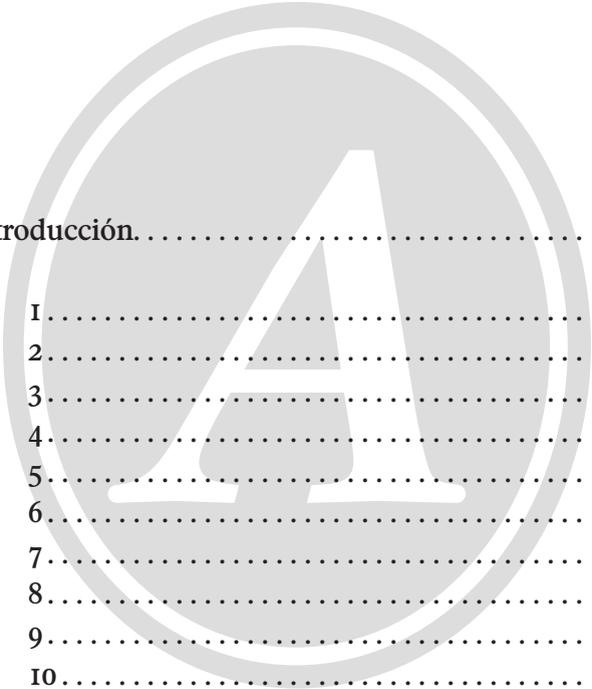
1ª edición: agosto de 2014

ISBN 978-950-02-0719-5

Impreso en Buenos Aires Print,
Sarmiento459, Lanús Este,
provincia de Buenos Aires,
en agosto de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

ÍNDICE



Introducción.....	II
I.....	17
2.....	41
3.....	77
4.....	107
5.....	145
6.....	175
7.....	205
8.....	239
9.....	271
10.....	313
11.....	341
12.....	373





Para Olivia, Martine y Anna



Introducción

Desde el comienzo de la mañana, el hombre no se había movido. Estaba sentado, apoyado contra el tronco del castaño, con la cabeza levemente inclinada hacia un costado. Los dos niños, que lo habían visto instalarse allí, no querían acercarse a él. Era un extranjero, y en la aldea, nadie debía acudir en ayuda de un viajero de paso que no se hubiera presentado ante el amo del lugar, el altísimo y poderosísimo señor Francisco de Mesquita, hidalgo de Su Majestad y barón de Ponte de Barca.

Por nada del mundo Fernando habría transgredido esa regla. Su tío era rápido para el castigo y más de una vez había sufrido la dureza de sus golpes: era la manera que tenía el hombre de imponer su autoridad sobre esos chiquillos a su cargo, demasiado revoltosos para su gusto. Sus tres hermanas se habían refugiado en su castillo cuando sus maridos murieron defendiendo Ceuta contra los moros. Expulsadas por sus familias políticas, las mujeres no tuvieron más alternativa que regresar a Ponte de Barca, en Tras Os Montes, esa provincia miserable del norte de Portugal, donde habían crecido. Mesquita no pudo decir nada. Esas furias no habían actuado en forma improvisada. Aprovecharon su ausencia durante una partida de caza para instalarse con sus hijos en la antigua fortaleza casi en ruinas. Cuando él regresó, era tarde para echarlas. Una

actitud de esa naturaleza le hubiera hecho perder la estima de los demás nobles del lugar y, sobre todo, habría arruinado para siempre sus posibilidades de suceder a su extinto cuñado Ruy de Magallanes como alcalde mayor de Aveiro. El puesto era muy lucrativo si se lograba inspirar en los burgueses y los negociantes locales el saludable terror de que sus tráficos ilícitos fueran denunciados a Lisboa. Francisco de Mesquita nunca entendió por qué ese imbécil de Ruy había preferido irse a guerrear en vez de llenar sus arcas con piezas contantes y sonantes.

Con la esperanza de heredar su cargo, Mesquita se abstuvo de expulsar a su parentela, pero su generosidad no fue recompensada. En el año de gracia de 1492, seguía esperando aún su nombramiento como alcalde mayor de Aveiro. La designación era permanentemente postergada porque él no contaba con los medios necesarios para sobornar a los secretarios de la cancillería real. Había tenido que usar el escaso dinero que le quedaba para alimentar y vestir a su cohorte de sobrinos y sobrinas, a quienes su capellán intentaba enseñar a leer y escribir.

Al parecer, fue una buena inversión. Las muchachas se casaron con nobles locales o hijos de burgueses, halagados por tener en su familia a una aristócrata. En cuanto a los varones, su destino estaba trazado. Tarde o temprano, el rey los enviaría a ultramar, y allí harían fortuna llevándose cautivos y botines. Ellos siempre le manifestaron su agradecimiento, incluso cuando lo agobiaron los años y las enfermedades.

Pero, por el momento, debía costear todo de su bolsillo. Los pequeños servicios que le prestaban los niños no compensaban sus gastos. Sobre todo porque el más dotado de ellos, Fernando, era un verdadero tunante. Solía desaparecer durante días enteros con su cómplice, Francisco Serrano, el hijo de su escudero e intendente, sin que nadie supiera qué hacían.

En una de esas escapadas, los niños se dirigieron a su escondite habitual, una gruta situada a media altura en una colina escarpada junto a la ruta que llevaba a Santiago de Compostela.

No había ninguna aldea a cinco leguas a la redonda, y los habitantes de Ponte de Barca nunca se aventuraban por esos vastos espacios donde, en las noches de invierno, los lobos le aullaban a la muerte. Fernando y Francisco sabían que nadie iría a buscarlos allí, y también sabían qué les esperaba a su regreso: los golpes de cinto generosamente propinados por Diogo, el boyero, al que nada le gustaba tanto como hacer exhibición de su fuerza. Temblaban ya de miedo con solo imaginarse aquel castigo y no tenían la menor intención de agravarlo acercándose al caminante.

De modo que se limitaron a observarlo de lejos, hasta que un perro fue a olerlo, gruñendo. El hombre no hizo el menor movimiento para apartar al animal. O su sueño era muy profundo o le pasaba algo malo. En ese caso, era muy probable que luego les reprocharan a los niños su indiferencia. Los criados sabían que ellos tenían la costumbre de refugiarse en ese lugar para eludir las clases del capellán, y, si negaban haber estado allí, nadie les creería.

Superando su temor, Francisco decidió salir de dudas. Cuando llegó al pie del árbol, entendió por qué el hombre estaba inmóvil. Su pecho no exhalaba ningún aliento y las moscas cubrían su rostro. El caminante había pasado a mejor vida, agotado, seguramente, tras una marcha demasiado larga. Se había sentado para no volver a levantarse nunca más, apretando contra su pecho un bolso de cuero.

Francisco se hizo la señal de la cruz.

Después de todo, ese desdichado era un cristiano muerto sin haber recibido los últimos sacramentos. Había expirado solo como un perro, lejos de sus semejantes. Si los muchachos no hubieran ido a su refugio, era casi seguro que su cadáver habría sido devorado por animales salvajes, encantados con ese inesperado festín.

Al enterarse del macabro descubrimiento, Fernando consideró que lo más prudente era correr al castillo para avisarle a

su tío. Después de todo, era el representante del rey en Ponte de Barca y el único que sabía cómo actuar en una circunstancia como esa. Francisco de Mesquita, que estaba durmiendo la siesta, refunfuñó, le dio un sopapo sin convicción a su sobrino y le ordenó ensillar su caballo. Con el niño sentado a horcajadas sobre la montura delante de él, galopó hasta el pequeño valle. Tomó la alforja de cuero del difunto, la revisó y lanzó una palabrota: estaba llena de monedas de oro y de plata disimuladas bajo un trozo de tela grasosa que olía a carroña. Se trataba de un verdadero misterio: el hombre no era mercader ni monje, su vestimenta era miserable y sus pies estaban envueltos en harapos, pero transportaba, ocultándola, una suma enorme. ¿Por qué, tras haberse desviado de la ruta principal, había elegido ese lugar para exhalar allí su último aliento?

Mesquita interrogó a su sobrino:

—¿Alguien los vio, a ti y a ese bribón de Francisco?

—No. Pasamos el día allí y no vimos a nadie, fuera de este viajero. Venía del norte y andaba solo. Habrá caminado sin duda durante una parte de la noche y se detuvo para descansar un poco cuando el sol aún estaba alto. Al norte, la aldea más próxima se encuentra a un día de marcha y está claro que la evitó. En cuanto a los campesinos, con estos fuertes calores, se encierran en sus casas hasta que cae la noche. Nadie pudo haberlo visto.

—Métanse esto bien en la cabeza: este hombre jamás existió. El primero de ustedes que no controle su lengua lo lamentará. Fernando, piensa en tu madre, en tus hermanos y en tus hermanas. Francisco, piensa en tu padre: puedo despedirlo si me da la gana. Por otra parte, les conviene guardar silencio. Este dinero viene muy bien. Servirá para poder equiparlos y mandarlos a Lisboa para que completen su educación en la escuela de pajes.

Fernando exclamó, gozoso:

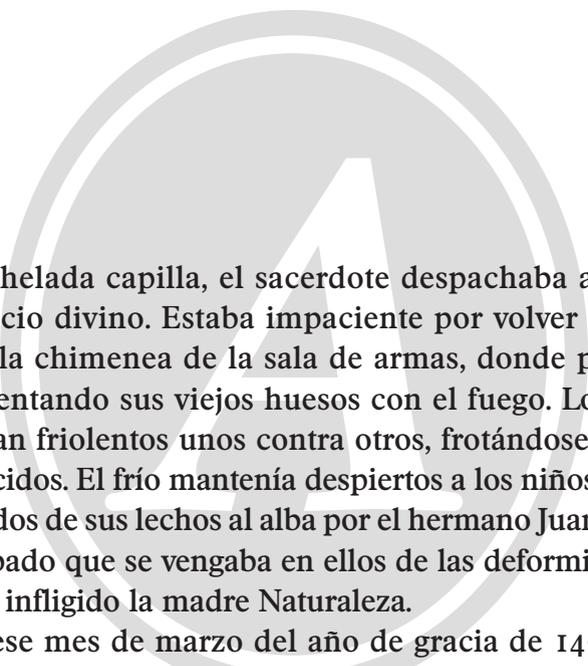
—¡La escuela de pajes! ¡Nunca nos había hablado de ella!

—Hace mucho que tengo este proyecto, sin demasiadas esperanzas. El duque de Viseu se había negado a admitirlos en forma gratuita. Exigía que les pagara la pensión, y créanme que era bastante alta. Me lo comunicó por medio de su oidor y ese sinvergüenza me dio a entender que era inútil presentarse ante él sin una bolsa bien llena. Así es como tratan a los nobles de esta comarca cuando se muestran menos dóciles que los campesinos y los burgueses de las ciudades. Debí tragarme esa humillación porque no conviene que un hidalgo deje transparentar sus sentimientos. Ahora tengo, por fin, mi revancha. Estas monedas de oro y de plata les abrirán a ustedes las puertas de la corte. Cuando las vean el duque y su oidor, se mostrarán más complacientes.

—¿Está seguro?

—No podrán evitarlo. Toda la nobleza de Tras Os Montes se rebelaría si les negaran a ustedes ese derecho. Sería un peligroso precedente, que amenazaría a sus propios hijos. Créanme: ustedes tienen su futuro asegurado. Y yo también, porque usaré una parte de esta suma para llegar a ser alcalde mayor de Aveiro. Solo nos queda una cosa que hacer: regresar aquí esta noche para cavar una tumba y enterrar a este desdichado. Rezaré por el descanso de su alma, ya que no puedo pedirle al capellán que le dedique una misa, porque ese pícaro es muy capaz de hacerme preguntas sobre él.





En la helada capilla, el sacerdote despachaba a toda prisa el oficio divino. Estaba impaciente por volver a su lugar junto a la chimenea de la sala de armas, donde pasaba sus días calentando sus viejos huesos con el fuego. Los pajes se apretaban friolentos unos contra otros, frotándose los dedos entumecidos. El frío mantenía despiertos a los niños, que eran arrancados de sus lechos al alba por el hermano Juan Cabreira, un jorobado que se vengaba en ellos de las deformidades que le había infligido la madre Naturaleza.

En ese mes de marzo del año de gracia de 1493, Lisboa estaba congelada. Un viento glacial barría las calles de la ciudad, por las que se aventuraban muy pocos transeúntes. Los habitantes preferían quedarse en sus casas, acurrucados frente a braseros que despedían un humo acre. En el castillo San Jorge, la vida seguía con normalidad. Los cortesanos se ocupaban de sus tareas habituales, envueltos en sus suntuosos ropajes de terciopelo o de seda con pieles. Los criados y los pajes no tenían esa suerte. Ellos se vestían, tanto en invierno como en verano, con la misma librea negra, y tiritaban mientras recorrían los largos corredores de la fortaleza en los que se arremolinaba el viento, lanzándolos a veces contra la muralla.

Para gran alivio de su rebaño, el sacerdote pronunció un sonoro *"Ite, missa est"*. Los asistentes se dispersaron presurosos y corrieron a las cocinas para beber una escudilla de sopa caliente o devorar unas migajas de pan duro. Era el único momento de distensión del día. Luego, en ordenadas filas dobles, los pajes se dirigían a su sala de estudios, donde unos monjes gruñones les inculcaban todo lo que un joven noble debía saber para servir a su soberano: Latín, Historia, Geografía y Matemática. Los hombres de Dios no escatimaban esfuerzos para asegurarse de que sus alumnos aprendieran de memoria sus lecciones y pudieran recitarlas mecánicamente, sin cambiar una sola palabra.

Fernando y Francisco detestaban ese indigesto fárrago de sandeces y preferían las clases de esgrima y de equitación. Se destacaban en ambos terrenos y rápidamente aventajaron a los demás alumnos de la escuela de pajes. Gracias a su habilidad para manejar la espada y el hacha, lograron que cesaran las burlas que, con justa razón, habían recibido a su llegada. Se habían cubierto de ridículo cuando Antonio, el esclavo negro, quiso ayudarlos con sus fardos. Era la primera vez en la vida que veían un negro, y creyeron que era una criatura salida del infierno. Los estudiantes se rieron a carcajadas cuando los vieron persignarse y murmurar conjuros. Ambos jóvenes soportaron las bromas y las pullas sin inmutarse, hasta la primera clase de manejo de armas. Entonces se vengaron de sus perseguidores, asestándoles certeros golpes con una fuerza cuidadosamente medida. Los otros entendieron la advertencia. Ya que no los estimaban, al menos los dos jóvenes eran temidos y respetados, y nadie volvió a reírse de su torpeza ni de sus modales toscos. Más aún: uno de los pajes, Luis de Cabreira, buscó su compañía. Su padre, gobernador de Lagos y uno de los consejeros más escuchados por el rey de Portugal Juan II, tomó bajo su protección a los tres muchachos y a veces los visitaba.

Ahora, los pajes, después de engullir su sopa, se disponían a asistir a una clase de Historia Sagrada impartida por el hermano Luis de Porto. Este se limitaba a leerles la Biblia y amenizaba esa ingrata tarea con comentarios de una asombrosa ingenuidad. Al entrar al aula, los alumnos quedaron petrificados. El duque Manuel de Viseu estaba allí, conversando con su profesor. Era una mala señal. Cuando se presentaba en los cursos, el primo del rey solía interrogar con un malévolos placer a los niños y les imponía fuertes castigos. Fernando, Francisco y Luis figuraban entre sus víctimas preferidas. No disimulaba su desprecio por ellos y dejó en claro que haría todo lo posible por conseguir que los expulsaran. Por otra parte, si fuera por él, hacía rato que habrían echado al trío de la corte. Aunque fueran hijos y nietos de hidalgos, de buena y auténtica nobleza, esos niños eran, a su juicio, futuros rebeldes. Tarde o temprano, se revelaría su verdadera naturaleza: el príncipe se propuso descubrirlos in fraganti para poder castigarlos. No sería demasiado difícil. Desde la muerte de su hijo, por una desafortunada caída de un caballo, el rey Juan II observaba un duelo estricto y no toleraba la menor manifestación de alegría. Todos los cortesanos se mostraban tristes y hablaban en voz baja. La menor risa era considerada una especie de blasfemia o crimen de lesa majestad, y el duque de Viseu era el primero en ir a contarle a su primo las presuntas travesuras de los pajes y exigir que fueran severamente castigadas. Varias veces había tenido que interceder el gobernador de Lagos en favor de su hijo y sus amigos, explicándole al soberano que la alegría de los inquietos niños era consecuencia de su juvenil despreocupación y no merecía más que una simple reprimenda.

No sin alguna resistencia, el rey se dejó convencer. No era amado, pero sí temido. Todos sabían que había condeñado a muerte al duque de Braganza y que había matado con sus propias manos al primer duque de Viseu, hermano de don Manuel, que conspiró contra él junto con la mayoría

de los nobles, cansados de ver que el soberano prefería la compañía de los mercaderes y los sabios judíos a la de ellos. El fallecimiento del infante, recién casado con una princesa de Castilla, lo había vuelto aún más sombrío y desconfiado, sobre todo porque todos sus esfuerzos por hacer reconocer como único heredero de la corona a su bastardo, Jorge de Lencastre, chocaban con la feroz oposición de la Iglesia. La vida en la corte estaba sembrada de asechanzas, y don Manuel solía añadir aceite al fuego y exagerar el menor incidente para lograr sus objetivos y ser designado como sucesor legítimo del viejo monarca.

Sin embargo, aquella mañana, el duque de Viseu, contrariamente a su costumbre, tenía una expresión alegre en su rostro. Vestido con esmero, les anunció a los pajes que no tendrían clases. En lugar de ello, asistirían a la audiencia que el rey había aceptado otorgarle al navegante genovés Cristóbal Colón, cuya carabela *La Niña* había llegado días atrás al puerto de Lisboa.

—Observen bien al hombre que caminará en medio de ustedes y no se les ocurra ponerle buena cara. ¡Es el más abominable traidor que haya pisado la tierra, peor que el mismísimo Judas Iscariote, que vendió a Nuestro Señor por treinta denarios! ¿Quién podría reprochárselo, además? Era un judío y obedecía a los bajos instintos de su especie. Este Colón es mil veces más culpable. Mi primo lo benefició mucho y lo trató como si hubiera nacido en este país, aunque fuera de origen genovés. ¿Cómo retribuyó el miserable? Pasó al servicio de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla. Dice que llegó a tierras desconocidas situadas en el Poniente y que pudo regresar con gran esfuerzo después de enfrentar terribles tempestades. En su gran bondad, nuestro soberano lo autorizó a hacer escala en Lisboa para reparar su nave y aceptó recibirlo para oír el relato de sus misteriosas peregrinaciones. Observen todo con la mayor atención: ¡verán cómo conviene actuar con un traidor y un renegado!

Los pajes no cabían en sí de alegría. Estaban impacientes por ver al navegante cuyo arribo había suscitado tanta agitación. Desafiando el frío, decenas de lisboetas se embarcaron en botes para aproximarse a la nave e intentar ver a algunos de sus ocupantes, esos famosos salvajes que a veces se paseaban por la cubierta de la carabela. En el castillo San Jorge, todas las conversaciones giraban en torno a ese tema. Cada uno tenía su propia opinión. Para algunos, el rey se comportaba como un buen cristiano al permitirle al genovés arreglar su nave antes de seguir hacia el puerto de Palos, y luego a Sevilla. Para otros, no era más que una trampa. En cuanto pusiera los pies en tierra, el aventurero sería llevado a la Casa de la Mina y encarcelado. Debía responder por su abominable delito: haber llevado sus barcos a las aguas por las que solo los portugueses tenían derecho a navegar.

Luis, Fernando y Francisco se abrieron paso a codazos para llegar lo más cerca posible del trono en la sala de audiencias iluminada por decenas de candelabros. Los cortesanos se empujaban para no perderse el grandioso espectáculo que se avecinaba. Las conversaciones cesaron de golpe cuando entró el rey, vestido de negro, acompañado por sus consejeros y por el duque de Viseu. Se sentó y contempló al hombre que avanzaba con lentitud hacia él. Con el cabello blanco, el rostro demacrado, la expresión tensa por largas noches de insomnio, el navegante genovés atravesó la multitud y se inclinó ante el monarca, que, con un tono arrogante, le ordenó que se incorporara y se dirigió a él como si fuera un viejo conocido:

–¡De modo que se ha hecho marino, señor Colón!

–Y almirante del mar Océano, al servicio de Sus Majestades Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Marino fui siempre, como bien lo sabe usted, señor.

–Me he enterado, no sin sorpresa, de que mis queridos primos han juzgado útil conferirle ese título que yo le había negado. La toma de Granada les hizo perder el sentido común y usted sacó provecho de ese extravío.

—Con el debido respeto a Su Señoría, mis ilustres protectores no podrán quejarse de los resultados de mi viaje. Llegué a las islas que están situadas a poca distancia de Cipango y del reino del Gran Kan. Traje infinitas variedades de plantas y de animales totalmente desconocidas bajo nuestros cielos. Incluso traje a algunos nativos de esas comarcas, que arden en deseos de abrazar nuestra santa fe cristiana y obtener así la salvación. Me he tomado la libertad de venir a esta audiencia acompañado por algunos de ellos.

Sin esperar la autorización del rey, el navegante genovés hizo un gesto con la mano. La asistencia lanzó un grito de asombro al ver entrar dos parejas de seres extraños, cuyas partes pudendas estaban cubiertas con un cinto de hojas secas. Eran de pequeña talla, tenían una espesa cabellera negra y piel cobriza. Nadie podría haberlos confundido con los negros de África o los moros de Barbaría. Parecían pertenecer a otra especie de hombres, y un monje se persignó al oír que sus vecinos preguntaban si esos seres también descendían de Adán y Eva. A pesar de estar semidesnudos, tenían un aire altivo y no parecían sentirse intimidados por el ambiente. Uno de ellos incluso esbozó una sonrisa, mientras les señalaba con el dedo a sus compañeros al monarca, cuya corona centelleaba a lo lejos.

Fernando estaba atento al menor detalle de ese espectáculo. Sentía que estaba viviendo un momento excepcional, que quedaría grabado para siempre en su memoria. Esas criaturas no tenían nada que ver con los hombres salvajes de los que hablaban los lugareños de Ponte de Barca. En las reuniones nocturnas, los campesinos contaban que los bosques de castaños del norte albergaban criaturas que tenían aspecto humano, pero vivían desnudas como los animales y se alimentaban de frutas y raíces. Aunque ninguno de ellos las había visto nunca, nadie era tan insensato como para poner en duda su existencia, atestiguada por las huellas que a veces dejaban de su paso. Cuando Fernando interrogó sobre esto al

capellán de su tío, este le explicó que esos extraños seres eran, sin duda alguna, descendientes de los cristianos que se habían refugiado antiguamente en las montañas cuando llegaron los moros, perdiendo todo contacto con sus semejantes. Habían vuelto al estado de naturaleza y ahora vivían como animales, pues ya casi nada los diferenciaba de ellos. Eran bestias, criaturas del diablo, y convenía abandonarlos a su triste suerte: la de seres desprovistos de toda humanidad, tan terribles como los súcubos o los incubos.

Pero eso no podía ser así en el caso de los cautivos que había traído el navegante genovés, de los que Fernando no podía apartar la mirada. Fuera de la vestimenta, se parecían en todo a quienes los contemplaban con avidez, y parecían, además, bien proporcionados. Habría querido tocarlos, pasarles la mano por el cabello y la piel, examinar sus dientes blancos como el marfil, palpar sus miembros vigorosos y quizás intercambiar algunas palabras con ellos, ya que parecían hablar un extraño dialecto semejante al gorjeo de los pájaros. Esa experiencia le habría enseñado mil veces más que las estúpidas sentencias repetidas por sus profesores: la mayoría de ellos nunca había salido de Lisboa y su mediocre saber se basaba en libros incomprensibles. En ese momento, Fernando tenía una oportunidad única de interrogar a los recién llegados de tierras lejanas, de saber qué pensaban, qué sentían, qué soñaban.

Saboreando el efecto producido por su acción, Colón elevó la voz:

—Señor, tengo el honor de presentarle a Juan, hijo de un cacique, como llaman ellos a sus jefes, de las islas que descubrí. Él y los suyos han aceptado subir a bordo de mi nave, pues ansiaban saber de dónde veníamos y quiénes somos. Todavía son paganos, pero serán bautizados en cuanto llegemos a Sevilla. Así se lo prometí, porque tienen muchos deseos de abrazar nuestra religión.

El rey insinuó una sonrisa irónica:

—De modo que aquí tenemos a los nuevos súbditos de Aragón y Castilla. Me imagino que los pañeros de Córdoba y de Toledo aprovecharán esta ganga. Tendrán como clientes a decenas, qué digo, miles de hombres y mujeres a los que deberán vestir de pies a cabeza para que los sacerdotes no se ofendan por su desnudez. Veo, sin embargo, que son bastante enclenques. No es con esa clase de reclutas como podrá, señor Colón, quitarle Jerusalén al sultán de Babilonia. Porque, si mal no recuerdo, ese es el objetivo de su empresa, ¿verdad? Mis primos Isabel y Fernando han hecho allí una pobre cosecha de almas y podrían guardarle rencor por ello.

El duque de Viseu creyó conveniente intervenir:

—Pobre e ilusoria. Esos salvajes no son súbditos de ellos, sino suyos, señor. El que se dice almirante del mar Océano no puede ignorar la prohibición que usted ha establecido para cualquiera que desee aventurarse sin su consentimiento más allá de las Islas Canarias. La semana pasada mandé ahorcar a varios castellanos que fueron sorprendidos en nuestras aguas. Sus propios soberanos han reconocido los derechos que usted adquirió al firmar el Tratado de Alcáçovas. El almirante castellano violó ese juramento solemne. Su delito es aún más grave por el hecho de que, hace algunos años, se dirigió a La Mina junto con sus sabios, señor. De modo que solo tuvo que navegar a lo largo de la costa de Guinea y penetrar más allá de nuestras posesiones. Es un traidor de la peor especie, que debería usted arrestar de inmediato para presentarlo ante la justicia y colgarlo en la Plaza de la Picota. Es lo que merece.

Juan II sonrió:

—Mi querido primo, le agradezco que se preocupe por mis intereses. Pero debe usted saber que sus sospechas son infundadas. Tengo la convicción de que el almirante ha navegado hacia el oeste, y no al sur de las Canarias.

—Eso es lo que dice él, pero no los demás.

–Y es lo que declaró también uno de sus capitanes, Vicente Pinzón, que llegó antes que él a Palos y fue interrogado por mis espías.

El rey se regocijó con el efecto que produjo esta revelación en su invitado.

–Pues sí. Después de abandonarlo a usted, su antiguo socio ha retornado a buen puerto. Ignoro si tendrá usted la oportunidad de volver a verlo. Me enteré de que sufre una extraña enfermedad contra la cual son impotentes las drogas de los boticarios. Mandé comprar a precio de oro su diario de viaje y obtuve así la prueba de que usted navegó hacia el oeste y descubrió tierras hasta ahora desconocidas para los cristianos. De manera que no polemizaré con usted sobre esto. Si los súbditos del Gran Kan se asemejan a sus salvajes, se los dejo de muy buen grado. Son mucho menos robustos que nuestros negros y la manera en que se visten revela su pobreza. Que mis parientes se encarguen de alimentarlos y vestirlos si son tan ricos como para mantener a una banda de pordioseros. ¡Eso es lo que puede decirles de mi parte, almirante del mar Océano!

Después de decir esto con tono fuerte y vengativo, el rey se puso de pie, dando a entender que la audiencia había finalizado. Los asistentes se dispersaron en un alborozado bullicio. Las palabras del monarca habían satisfecho la curiosidad inicial de los cortesanos. Estos, temerosos de disgustar al soberano, dejaron de preocuparse por los salvajes y el marino genovés. Eran personas sin importancia y no valía la pena interesarse por ellas. Fernando habría llorado de rabia por el señor Colón y sus compañeros, si Luis de Cabreira no lo hubiera dicho:

–¿Sabes qué me dijo mi padre? El rey le pidió que diera una fiesta a la noche en honor al almirante. Este aceptó, pero exigió que le concediera tres pajes para el servicio. Me designó a mí y me permitió elegir a los compañeros que considerara

dignos de ese honor. Yo los nombré a ti y a Francisco, no sin vacilar, como puedes imaginarte. ¡Hubieras visto la cara que puso el duque de Viseu, obligado a aceptarlo! Seguramente nos hará pagar este favor, tarde o temprano. No importa. Por lo menos esta noche y los próximos días, tendremos buena comida y beberemos algo más que agua.

Años más tarde, Fernando aún recordaría con precisión cada uno de esos instantes de ensueño. Él y sus amigos tenían la misión de encargarse de Juan, el hijo del cacique, y de sus compañeros, y cuidar que nos les faltara nada. Una curiosa comunión se estableció entre ellos, y Juan le agradeció a Fernando su atención en varias oportunidades; como no hablaba portugués, lo hizo con sonrisas y palmaditas en la espalda. Pero, sobre todo, Fernando no se perdió ni una palabra de las animadas conversaciones entre el gobernador de Lagos y el marino genovés. Los dos hombres departían libremente, de igual a igual, con franqueza y sin hostilidad. Estaban al servicio de diferentes amos, pero no parecían rivales. Incluso mostraban cierta complicidad, hasta el punto de hablar con sinceridad de sus dudas y sus preocupaciones. Luis de Cabreira le dijo a su interlocutor:

–No tome a mal la poca importancia que le otorga el rey a su hazaña. En realidad, la aprecia en su justo valor, y ya habrá visto usted que lo defendió ante el duque de Viseu.

–No sé por qué este me persigue con su venganza. Cuando yo vivía en Lisboa, le hablaba mal de mí al jefe de la Junta de Matemáticos, José Vizinho.

–¿Conoció usted al maestro José?

–Sí. Incluso estuve al servicio de uno de sus parientes, que había abierto una factoría en Porto Santo.

–Sabrá usted que falleció hace dos años.

–Es lo que me han dicho. Me habría gustado volver a verlo, a pesar de nuestras discrepancias, para demostrarle que yo tenía razón y que sus cálculos eran erróneos.

–No era hombre de admitir errores.

–Pero hubiera debido rendirse ante la evidencia. Yo descubrí la ruta cuya existencia él insistía en negar.

–Eso no hubiera cambiado en nada su actitud. Hasta el último día de su vida, estuvo convencido de que la ruta más corta a las Indias es la que bordea África. La reconoció Bartolomé Díaz al atravesar el cabo de las Tormentas y volverá a partir próximamente, cuando nuestras finanzas nos permitan reunir una nueva flota. Dentro de poco tiempo, controlaremos la ruta de las especias y los mercaderes del norte vendrán a aprovisionarse a nuestro país, en vez de ir a Venecia. Mientras tanto, usted seguirá recorriendo la inmensidad del mar Océano en busca de su famoso paso, si es que existe.

–No solo creo que encontré uno, sino que no sería el único, según lo que me han dicho algunos marinos que conozco.

–Puedo imaginarme cómo les habrá arrancado usted tales confidencias. Esos muchachos dicen cualquier cosa cuando le hacen honor a una jarra de vino. Mire a mi hijo y sus amigos. Apuesto a que les crecerá la barba y tendrán una caterva de hijos antes de que usted alcance sus objetivos.

–No creo que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Y menos aún en esa época a la que usted se refiere: para entonces, yo ya estaré desde mucho tiempo atrás en Jerusalén, liberada de los moros gracias a las tropas que habré reunido con el oro de Cipango. Pero le prometo una cosa: para agradecerle sus atenciones y su generosa hospitalidad, consideraré un deber adjudicarles a esos jóvenes un feudo en Tierra Santa.

Al ver que Fernando lo escuchaba con atención, el navegante le hizo una seña para que se acercara.

–¿Te gustaría ser conde de Jope o barón de Ibelín?

–¡De ninguna manera!

–¿Rechazarías ese título?

–Por supuesto. Porque si lo aceptara de usted, pasaría al servicio de Castilla o de Aragón.

–Eso no tiene nada de deshonoroso.

–Es cierto, si uno es oriundo de esos dos reinos o si estos le ofrecen su hospitalidad. No es mi caso. Yo nací en Tras Os Montes, mis antepasados siempre sirvieron a los soberanos de este país y mi padre fue muerto mientras defendía Ceuta contra los moros. Don Juan es mi rey y es a él a quien debo lealtad.

–Espero que sepa recompensar tu fidelidad.

–¿Le cabe alguna duda?

–A veces los monarcas son ingratos. ¡Espero que nunca sufras esa clase de desilusión y que no debas conocer el exilio!

Fernando se volvió hacia Luis de Cabreira para pedirle su aprobación. El gobernador de Lagos asintió, pensativo.

–Querido muchacho, has hablado con el corazón, y eso es lo que importa. Pero ten cuidado de no ofrecer flancos a la crítica. ¡Te jactas de ser natural de este país, y al oírte, se creería que descienes en línea recta de Viriato! Eres libre de decirlo o de aspirar a serlo. Pero tu tío, para justificar tu admisión a la escuela de pajes, aseguró que hay entre tus ancestros un caballero francés emparentado con la casa de Borgoña. Eso no es imposible y debería enorgullecerte. Claro que algún día, para perjudicarte, podrían negarte esa ascendencia.

–Nadie se atrevería a cometer semejante infamia.

–Es lo que tú crees, pero estás equivocado. Debes saber que los reyes no están sometidos a las mismas reglas que nosotros. Sus intereses exigen a veces que muestren ingratitud hacia sus más fieles súbditos. Tienes una prueba irrefutable frente a ti. El señor Colón ha servido lealmente a nuestro rey y, sin embargo, no fue recompensado como lo merece. No cometió ninguna falta, eso puedo jurarlo sobre las Sagradas Escrituras, pero su proyecto contrariaba nuestros designios. Nos habría desviado del camino que seguimos desde hace años, sin garantizarnos que encontraríamos otra ruta. El rey tuvo toda la razón al actuar como lo hizo, aunque pudo haber atenuado el rigor de su decisión confiriéndole a nuestro invitado el título de caballero.

El navegante genovés lanzó una carcajada.

—¡El mejor de los caballos jamás podrá reemplazar a la peor de las naves! De todos modos, admiro la manera en que mi amigo don Luis resuelve las situaciones más difíciles dándoles la razón a unos y otros. Querido muchacho, si quieres triunfar en la corte, debes imitar su conducta. Por mi parte, te doy mil gracias por tu actitud hacia Juan y sus compañeros. Ellos se esfuerzan por mostrarse contentos, aunque yo sé que lamentan haberme seguido y sufren en secreto ante la eventualidad de no volver a ver a los suyos. Tú y tus amigos les ofrecieron un poco de calor humano y un breve momento de tranquilidad. He pensado que tal vez te interese tener una copia del relato que escribí estos días, en el que cuento lo que vi y observé durante mi viaje. Te enseñaré mucho sobre Juan y los suyos, y quizá su lectura despierte en ti el deseo de recorrer el vasto mundo para propagar las luces de nuestra santísima fe.

* * *

Luis de Cabreira no se equivocó al pensar que el duque de Viseu estaría resentido con los tres muchachos por el insigne favor que se les había otorgado. Se desquitó a su manera, hipócrita y astuta, disimulando con hábiles procedimientos su rencor y su sed de venganza. Fernando suponía que trataría de humillarlos haciendo que sus profesores los interrogaran y obligando a estos a imponerles diversos castigos. Pero ocurrió todo lo contrario. El director de la escuela de pajes hizo como si el trío no existiera, como si nunca hubiera existido. Fingía no verlos e ignoraba los esfuerzos que los jóvenes hacían para satisfacer a sus maestros. Más aún: se arregló para que jamás fueran recibidos en los aposentos reales. Eso significaba privarlos de toda posibilidad de hacerse notar por el rey Juan II y la reina Leonor, y poder obtener así favores y gratificaciones.

El gobernador de Lagos, su protector, parecía haberlos abandonado a su triste suerte. Sin embargo, su hijo fue a verlo para tratar de explicarle sus sinsabores y pedirle su intervención. Al regresar, le confesó con tristeza a Fernando:

–Mi padre no se dignó a verme, con el pretexto de que debía recibir a los embajadores venecianos. Me hizo echar por su esclavo africano como si yo fuera un mendigo inoportuno. Lloré de rabia hasta que mi madre me explicó las razones de su comportamiento. Mi padre sospecha que está por caer en desgracia.

–Sin embargo, el rey lo tiene en gran estima.

–Sí, pero pronto el rey se irá de este mundo. Aunque aún no tiene cuarenta años, la muerte del infante Alfonso lo sumió en una negra melancolía, que trata de combatir bebiendo y comiendo más de lo razonable. Los reproches de su médico judío no le hacen efecto, y apenas si acepta ir a las termas de Alvor para tratar la gota que lo aqueja. En algún momento, sus seguidores recobraron las esperanzas al verlo desplegar grandes energías para obtener del Papa el reconocimiento de su bastardo, don Jorge de Lencastre. Pero el Sumo Pontífice no quiso saber nada, seguramente porque los Viseu habrán sobornado a los jueces del Tribunal de la Rota. El rey debió ceder y sabe que cuando él desaparezca, la corona será para don Manuel. Mi padre no ignora que, cuando este suba al trono, su primera medida será apartar a todos los consejeros del difunto monarca e incluso hacerlos comparecer ante la justicia con pretextos engañosos. Según mi madre, hasta ha perdido el sueño y no tiene tiempo de ocuparse de mis problemas.

Fernando intentó tranquilizar a su amigo diciéndole con un tono optimista que nunca había que desesperar. La prueba era, le dijo, la feliz conjunción de circunstancias que les había permitido, a él y a Francisco, entrar a la escuela de pajes, cuando su pobreza los condenaba a quedarse toda su vida en

Ponte de Barca. El descubrimiento fortuito de una alforja llena de oro había cambiado su destino. Eso era lo que Luis debía explicarle a su padre.

* * *

Algunos días después de esa conversación, llegó a Lisboa la terrible noticia. El rey Juan II había fallecido mientras dormía, desgastado por el abuso de comida y bebida. Los barones y las cortes no dudaron un solo instante en designar como sucesor a don Manuel. Una de las primeras acciones del nuevo soberano fue ordenar el cierre de la escuela de pajes. Durante años había estado obligado a asumir su dirección, un cargo que consideraba humillante y degradante, pero que había debido aceptar, pues sabía que un eventual rechazo podía costarle caro. Ahora todo aquello pertenecía al pasado, un pasado cuyos rastros había que hacer desaparecer. De modo que la escuela de pajes se cerró de la noche a la mañana, y sus alumnos, salvo algunas excepciones, fueron enviados a sus casas, ante la indignación de sus familias, para las que el regreso de los jóvenes constituía una verdadera catástrofe. Así lo entendió Fernando al llegar a Ponte de Barca. No hubo ningún festejo para recibirlo. Su tío lo miró de arriba abajo de mala manera y le hizo sentir que ya no había lugar para él en el castillo. El joven no podía hacer otra cosa que ocuparse de las tierras áridas que le había dejado su padre y de la casa solariega de Sabrosa, donde se vio forzado a instalarse con su madre, sus hermanas y su hermano Diogo.

Durante siete largos años de vacas flacas, Fernando trató de subvenir de algún modo a las necesidades de su familia, con los magros ingresos que le procuraba la explotación de sus campos de trigo sarraceno, sus olivares y los rebaños de ovejas cuya lana les vendía a los mercaderes de Aveiro. Cuatro o cinco veces por año iba a esa ciudad, de la que su padre había sido gobernador, y en las largas veladas que pasaba en la

posada del Cisne Negro, se entretenía escuchando las conversaciones de los parroquianos del lugar, marinos y artesanos.

Todos comentaban con pasión las noticias que llegaban de Lisboa y las medidas tomadas por el rey Manuel. Desde su acceso al trono, este había intentado por todos los medios imponer su autoridad. Los nobles habían creído que se apoyaría en ellos, pero se desilusionaron muy pronto. El rey no les tenía confianza y podía prescindir de su ayuda, sobre todo porque había comprado a su primo, don Jorge, confiriéndole el título de duque de Coímbra y confirmándolo en sus funciones de gran maestre de la Orden de Santiago. Tenía como aliados a los burgueses y los mercaderes: había obtenido sus favores al decretar la expulsión de sus rivales, los judíos establecidos en Portugal desde tiempos inmemoriales. También en ese momento procedió con su tradicional duplicidad. A las víctimas de esa medida, que trataron de que la difiriera cubriéndolo de regalos, les explicó que la había tomado muy a su pesar, pero que era la condición sine qua non que habían puesto Fernando de Aragón e Isabel de Castilla para otorgarle la mano de su hija. Se cuidó muy bien de decirles que esa presión no le disgustaba en absoluto. A decir verdad, había temido que los monarcas le impusieran exigencias mucho más draconianas; por ejemplo, que solicitaran el derecho de los buques españoles a llegar a las costas de Guinea. Le sorprendió y le encantó que se limitaran a ese simple reclamo. Decididamente, sus parientes habían perdido el sentido común: le daban más importancia a la conversión de los judíos que al aumento de su propio poder. Hubiera sido muy tonto de su parte contrariarlos.

En la Navidad del año de gracia de 1496, los pregoneiros leyeron el edicto que les ordenaba a los judíos aceptar el bautismo o abandonar el reino. En este último caso, sus hijos menores de quince años no tendrían derecho a seguirlos, sino que serían enviados a Santo Tomé y a Príncipe para ser educados allí en la verdadera fe. Esta sabia medida había vencido

la obstinación de los más recalcitrantes. Miles de judíos, incluso los recientemente llegados de Castilla, se precipitaron a las iglesias para abjurar de sus errores. Ese fue el caso de algunos jefes de familia judíos de Sabrosa, modestos artesanos, a los que Fernando había aceptado apadrinar: les prometió impedir que irrumpieran en sus casas para verificar que no observaban sus antiguas costumbres.

Las conversaciones en la posada del Cisne Negro giraban en torno a las hazañas del almirante Vasco da Gama, cuya nave *São Rafael* había llegado a las Indias y que había traído de allí enormes cantidades de especias. Su regreso a Lisboa, el 10 de junio del año de gracia de 1499, causó sensación. Según contó, los soberanos de aquellas tierras lejanas, cansados del yugo de los moros, estaban dispuestos a jurar lealtad al rey Manuel y a pagarle tributo en forma de bolsas de una pimienta de calidad muy superior a la malagueta de Guinea. El rumor de ese descubrimiento se propagó por toda Europa. Decenas de comerciantes de Flandes y la Hansa acudieron presurosos a las orillas del Tajo, imaginando ya los fabulosos beneficios que obtendrían de ese negocio. Entre ellos, se infiltraron algunos espías a sueldo de Venecia, que habían recibido la misión de hablar con los cristianos traídos de las Indias por Vasco da Gama, para explicarles que los portugueses eran unos herejes abominables, cruzados con moros y judíos, con quienes no debían hacer negocios. Atrapados in fraganti, los enviados de la Serenísima estuvieron a punto de ser linchados por la multitud encolerizada y fueron llevados bajo vigilancia a la Casa de la Mina para ser encarcelados y juzgados.

La agitación aumentó aún más en Lisboa cuando recibieron la noticia de que don Pedro Álvares Cabral había descubierto la Tierra de Vera Cruz,* o Tierra de Verzin, una comarca situada

* El actual Brasil.

al oeste de Guinea, rica en palo brasil, a cuyas costas llegaron sus naves por casualidad mientras buscaban los vientos que los llevaran hacia el cabo de Buena Esperanza. Ese país, cuyos habitantes andaban desnudos como si acabaran de salir del vientre de su madre, poseía tantos recursos que Cabral decidió hacer regresar a una de sus naves a Portugal para comunicarle al rey esa prodigiosa señal de la bondad divina, mientras él seguía su ruta hacia Calicut. De allí volvió con un enorme cargamento de especias, cuya venta le reportó al Tesoro ochocientas veces la suma de los gastos que había demandado el equipamiento de su flotilla.

Una gran actividad empezó a desarrollarse entonces en los arsenales de Lisboa, donde centenares de carpinteros, calafates, herreros y tejedores trabajaron en la construcción de naves y carabelas destinadas al comercio con las Indias. En las tabernas del puerto, los marineros se burlaban abiertamente de los castellanos y sus supuestas Indias Occidentales. ¿No decían acaso que los reyes de España, decepcionados por las falaces promesas de Cristóbal Colón, habían ordenado que este fuera llevado a Sevilla, con cadenas en los pies, para someterlo a juicio? Al enterarse, Fernando no pudo evitar sentir piedad por ese valiente marino que una vez más era víctima de la ingratitud de los poderosos.

En realidad, el joven tenía otras preocupaciones. Después de recibir una carta de Francisco Serrano, dudaba sobre la conducta que debía seguir. Durante años había borrado de su mente a su antiguo compañero de juegos, pues lo consideraba un traidor. En la época del cierre de la escuela de pajes, Francisco había actuado en una forma que él consideró indigna. Sin avisarle, había pasado, junto con Luis de Cabreira, al servicio de don Jorge de Lencastre. Cuando se quejó de ello ante su tío, Fernando de Mesquita se limitó a contestarle que al menos el hijo de su intendente sabía enfrentar los problemas y salir airoso, contrariamente al torpe de su sobrino, demasiado orgulloso

para disimular sus sentimientos. Él le guardó un fuerte rencor a Francisco y se juró que nunca más tendría tratos con él. Cuando recibió su carta, su primer impulso fue arrojarla al fuego, pero su curiosidad pudo más. Abrió el pliego cubierto por una fina escritura y su corazón se aceleró al leer estas líneas:

Aquí faltan más soldados que marinos. El rey Manuel ha decidido enviar una nueva flota a Calicut al mando de don Francisco de Almeida, a quien nombró virrey de las Indias. La escuadra estará compuesta por veintidós naves y deberá transportar mil quinientos soldados aguerridos. Contrariamente a lo que sucede con los marinos, son pocos los hombres de armas que se presentan como voluntarios. A la nobleza de este país no le gusta entregarle sus hijos a un soberano que la trata con desprecio. Sus reparos son sin duda comprensibles, pero poco legítimos. La Orden de Santiago, a la que sirvo, hizo todo lo posible, pero aún falta cubrir decenas y decenas de puestos. Le mencioné tu nombre a don Jorge, que de inmediato me ordenó escribirte: eso hago entonces, aunque sé que quizá no escuches mis consejos. Sin embargo, son los de un amigo que solo te desea el bien. ¿Seguirás ocupándote de vigilar tus cosechas rogándole al Cielo que no las destruya una tormenta? ¿Crees que un hidalgo debe pasarse la vida detrás de un arado, cuando podría cubrirse de gloria luchando contra los moros y los paganos? Nuestra partida está fijada para el 25 de marzo. Tienes entonces más de cuatro meses para poner tus asuntos en orden y bruñir tus espadas, por lo menos si sigues siendo el Fernando que yo he conocido.

* * *

*7 de abril del año de gracia de 1492
De Juan Rodríguez de Fonseca, canónigo de
la catedral de Toledo y miembro del Consejo
de Castilla, a don Manuel de Viseu*

Tengo el placer de informar a Su Señoría que el Consejo de Castilla, por mi recomendación, ha decidido otorgarle los 10.000 reales que usted dijo necesitar para hacer valer sus derechos a la corona.

Su Majestad doña Isabel pone como condición absoluta que en el caso de que sea usted llamado a reinar, no trate de contrariar las empresas que Ella desea llevar adelante en el mar Océano para encontrar la ruta a Cipango.

Ella sabe que, hasta entonces, la obligación que usted tiene de no dejar traslucir sus sentimientos podría llevarlo a tomar disposiciones contrarias a Su interés, y le asegura que no le guardará rencor por ello.

La suma le llegará a usted por intermedio de uno de mis hombres: este viajará bajo un disfraz tal que nadie podrá sospechar que es nuestro mensajero. Usted lo reconocerá porque le dirá que es enviado por mi hermano en Cristo el obispo de Ávila.

Ruego a Dios y a la Santa Virgen que lo tengan bajo su protección.

Juan Rodríguez de Fonseca

*5 de noviembre del año de gracia de 1492
De Luis de Porto, alcalde mayor de Aveiro,
a Luis de Cabreira, alcalde mayor de Lagos*

Me has pedido informes sobre Fernando de Magallanes y Francisco Serrano, que estudian en la escuela de pajes con tu hijo.

Fernando de Magallanes es un hidalgo de buena familia. Su padre desempeñó anteriormente mis funciones y su tío es el barón de Ponte de Barca. Los Magallanes y los Mesquita, honorablemente conocidos como “cristianos viejos”, han sufrido reveses de fortuna que empañaron su reputación, hasta que la suerte vuelva a sonreírles. Tengo fuertes sospechas de que el señor de Ponte de Barca forma parte de una banda de criminales que encienden fuegos a lo largo de las costas para hacer naufragar a los navíos y los saquean después de masacrar a los sobrevivientes, si los hay. Es posible que su súbita fortuna se deba a uno de esos naufragios, pero no puedo afirmarlo de manera cierta y nadie sería tan audaz como para testificar en su contra.

Como presentó todas las garantías requeridas, me vi en la obligación de entregarle los certificados que le permiten inscribir a su sobrino y al hijo de su escudero en la escuela de pajes, sobre todo porque su solicitud fue apoyada por la casi totalidad de los nobles de la región, a quienes debo satisfacer. Esto es lo que puedo decirte sobre ellos, asegurándote que mantendré mi vigilancia sobre Mesquita hasta que pueda descubrirlo.

Luis de Porto

*4 de diciembre del año de gracia de 1494
De Manuel, duque de Viseu, a Luis de
Cabreira, alcalde mayor de Lagos*

Te agradezco que me hayas transmitido las confidencias que le hizo a tu hijo ese pillo de Fernando de Magallanes, a quien tuve que castigar muchas veces por su insolencia y su pereza. Aprecio mucho tu gesto, sobre todo porque, desde hace años, algunos se han dedicado a calumniarme frente a ti y dan a entender que yo te considero uno de mis más feroces enemigos. Nada es menos cierto, y puedo asegurarte que recordaré tu discreción. Conociéndote, me imagino que habrás debido desenredar la complicadísima madeja de este asunto y que no ignoras el uso que se ha hecho de esas sumas de las que se apoderó el maldito Mesquita. Tu silencio es una confesión cuyo significado puedo entender.

Una palabra tuya habría bastado para malquistarme con nuestro soberano. Tengo una deuda contigo y, cuando llegue el momento, te mostraré que no soy un ingrato.

Manuel, duque de Viseu

*2 de mayo del año de gracia de 1495
De Luis de Cabreira, alcalde mayor de Lagos,
a Diogo Vaz, su intendente*

A partir de la recepción de esta carta, asegúrate de que mi hijo salga de inmediato de Lisboa para presentarse ante el gran maestre de la Orden de Santiago, a quien servirá de aquí en adelante.

Asegúrate de que ejecute prontamente esta orden y, para desarmar toda resistencia de su parte, autorízalo a hacerse acompañar por Francisco Serrano. Hazle comprender a este último que es de su interés unir su suerte a la de mi hijo en vez de seguir a ese Fernando de Magallanes, de quien don Manuel no quiere oír hablar nunca más. Espero una rápida respuesta de tu parte.

Luis de Cabreira